

RESEÑAS

JAVIER GARCÍADIEGO, *CULTURA Y POLÍTICA EN EL MÉXICO POSREVOLUCIONARIO*, MÉXICO, INEHRM, 2006, 644 PP.

Pablo Yankelevich

ENAH

Entrevistado por Julio Scherer, hace 30 años, Octavio Paz afirmó:

Los intelectuales pueden ser útiles dentro del gobierno [...] a condición de que sepan guardar las distancias con el Príncipe. Gobernar no es una misión específica del intelectual [...]. El intelectual ante todo y sobre todo debe cumplir con su tarea: escribir, investigar, pensar, pintar, construir, enseñar. Ahora bien, la crítica es inseparable del quehacer intelectual. En un momento o en otro, como don Quijote y Sancho con la Iglesia, el intelectual tropieza con el poder, entonces [...] descubre que su verdadera misión política es la crítica del poder [1987:363].

De este espinoso vínculo entre intelectuales y poder trata *Cultura y política en el México posrevolucionario*. Javier Garcíadiego, en una treintena de ensayos, reconstruye los itinerarios políticos, las trayectorias intelectuales, las creaciones institucionales, los destinos y la suerte de un pequeño grupo de hombres de letras, de catedráticos, de universitarios, de gestores de proyectos culturales irremediabilmente ligados a la Revolución de 1910. Pero también, esa treintena de ensayos, escritos a lo largo de casi 20 años, permiten asomarse a una serie de núcleos problemáticos que emblematizan la obra de Garcíadiego, obra en muchos aspectos pionera en una historiografía marcada en no pocos casos por aproximaciones maniqueas, por ortodoxias doctrinales, por cerrazones y por prejuicios.

Quizás en el quehacer de un historiador nada sea tan difícil como detectar las lentas mutaciones en el pensar y en el actuar de los hombres en medio de un torbellino revolucionario como el que envolvió a la sociedad mexicana. En buena medida esta es una de las preocupaciones centrales de *Cultura y política en el México posrevolucionario*; es decir, indagar y exhibir los encuentros y desencuentros entre los regímenes producto de la explosión de 1910 y el quehacer de un puñado de intelectuales dispuestos a renovar el campo de la cultura y la educación,

pero también el de las prácticas políticas. En otras palabras, Garcíadiego explora un territorio donde cultura y política se entrelazaron para edificar instituciones fundamentales en la historia contemporánea de México.

A partir de 1910, México impugnó un orden fundado en la injusticia y la exclusión. Nadie podía imaginar que esa impugnación asumiría las formas de una revolución política primera y social después. Los intelectuales, salvo unas pocas excepciones, no sólo no participaron en la revolución maderista, sino que en su mayoría se opusieron. Recién una década más tarde, los universitarios mexicanos, en sintonía con sus congéneres del resto de América Latina, estuvieron dispuestos a comprometerse en proyectos transformadores, con la peculiaridad de que esos proyectos, y a contramano de lo que acontecía en el resto de América Latina, fueron asumidos por el nuevo Estado cuando comenzaron a apagarse las cenizas de la guerra civil. En México los postulados de la Reforma universitaria de 1918 devinieron en programas gubernamentales gracias a una revolución en la que los estudiantes no habían participado pero a la que se sumaron convencidos de la necesidad de “renovar todo”, tal como aseveró en 1921 Daniel Cosío Villegas, entonces líder de los universitarios mexicanos: “nosotros somos la revolución, conste que no afirmamos haberla hecho, [pero] nuestra ideología es la ideología de la Revolución” [Krauze, 1991:55 y s].

¿Cómo se gestó tal convencimiento en el seno de una intelectualidad particularmente refractaria al movimiento revolucionario? De ello da cuenta Garcíadiego a través de una doble perspectiva. Por un lado, el registro político, ubicando el problema a partir del estudio de la naturaleza y el significado de dos momentos claves en la historia de la universidad mexicana; 1910 cuando la reinauguración a cargo de Justo Sierra, y 1920 cuando la reapertura bajo el rectorado de José Vasconcelos. Una década atravesada por una guerra civil, pero también por un soterrado enfrentamiento de ideas en torno a los parámetros que debían regir la política educativa y los espacios culturales. Por otro lado, el registro intelectual concatenando dos generaciones: la del Ateneo de la Juventud y la de los Siete Sabios, a través de la exploración de algunos de sus más destacados integrantes: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Isidro Fabela, Manuel Gómez Morín y Daniel Cosío Villegas. Se trata del encuentro entre dos momentos fundacionales del México moderno, en uno donde la crítica se enarboló desde el seno de la sociedad porfiriana tratando de ventilar un orden fundado en un rancio positivismo, el segundo momento, trazado a partir del ímpetu de una generación joven, marcada por el hecho de haber observado la Revolución sin participar en ella, una generación sin grandes maestros, sin gran erudición pero obsesionada por contribuir en la reconstrucción de la nación.

Garcíadiego objeta la tesis más o menos extendida en torno a que la reapertura de la universidad en la coyuntura del Centenario se significa como una

empresa modernizadora dispuesta a proyectar sombras sobre el reinado positivista. Discute con Edmundo O'Gorman, se interna en el horizonte mental del joven Sierra y su proyecto universitario de 1881 para luego cotejarlo con el que cristalizó en 1910; revisa la trayectoria del personal directivo y de las plantas docentes de las escuelas universitarias, se detiene en los planes de estudio, para finalmente emitir un diagnóstico tan lapidario como inobjetable: el proyecto de universidad "nació obsoleto, reflejo del agotamiento y decrepitud de todo el sistema porfiriano" (p. 90), los problemas de la Universidad en sus primeros años de existencia no se debieron a las transformaciones del panorama político, sino a "la naturaleza abigarrada, anacrónica y contradictoria de su proyecto fundacional" (p. 94). Política y cultura aparecen inexorablemente unidas, la Universidad era también un coto de los *científicos* que abroquelados en las cátedras resistieron el poder de la crítica. Sin embargo, una década más tarde, aquella élite yacía derrotada; entonces una nueva generación de estudiantes selló una alianza con los sobrevivientes del Ateneo de la Juventud, que tras el liderazgo de Vasconcelos, refundaron la Universidad para ponerla en sintonía con las problemáticas políticas y sociales de un país bajo el influjo del caudillaje sonoreense.

Garcíadiego traza una minuciosa cartografía política e intelectual del espacio delimitado por el proyecto de Sierra y el de Vasconcelos. Las disputas en y por la Universidad, las apuestas políticas de los universitarios, las batallas ideológicas en aquella década revolucionaria, resultan centrales para comprender los alcances y límites de una nueva universidad, nueva en sus preocupaciones educativas y científicas, pero también nuevo territorio de gestación de liderazgos, de confrontación de programas políticos y de proyección hacia la política nacional. Una primera parte del libro está dedicada a revisar segmentos de esta historia: la militancia política de signo opositor en sectores del estudiantado universitario bajo el influjo de Rodolfo Reyes; el antimaderismo de una Universidad que conoció una secesión en el campo de la jurisprudencia cuando en 1912 se fundó la Escuela Libre de Derecho; las preocupaciones culturales de un Ateneo que lejos de tener cabida en la recién creada Escuela de Altos Estudios, optó por fundar la Universidad Popular; la apuesta autoritaria de la intelectualidad que mayoritariamente apoyó el gobierno golpista de Huerta. Cada uno de estos temas es examinado en detalle, poniendo de manifiesto más de una paradoja, entre ellas, el hecho de que la recuperación de catedráticos porfirianos a partir de febrero de 1913, estuvo acompañada de una política conducente a demoler el paradigma positivista en la universidad. Garcíadiego descubre y explica este contrasentido, se detiene en la figura de Nemesio García Naranjo al frente de la política educativa del huertismo, estudia los cambios en planes y programas de estudio, pero también indaga la ingeniería política que en cada escuela y en el seno del Consejo Universitario condujeron a la contratación de

profesores “jóvenes que dominaban las humanidades y las nuevas corrientes de pensamiento” (p. 104).

Con un manejo erudito de sus fuentes, Garcíadiego localiza e hilvana las transformaciones lentas, pausadas, en el campo universitario para conjugarlo con el vértigo de la lucha revolucionaria, hasta conseguir una reconstrucción genealógica de los elencos políticos y académicos que asumieron la tarea de redireccionar la universidad y la vida cultural del país a partir de los años veinte.

En esa labor de reconstrucción histórica, Garcíadiego muestra su afición por el género biográfico. Sólo penetrando en la vida de los hombres es posible rehacer las conexiones, las redes, percibir los matices en las conductas de quienes estudia. En este libro no hay una biografía completa de ninguno de los personajes abordados, pero hay segmentos, parcialidades, eslabones de biografías en curso de ser escritas. Dos figuras destacan en este quehacer biográfico: Alfonso Reyes y Manuel Gómez Morín; a cada uno dedica un capítulo. Acerca del autor de *Ifigenia cruel*, Garcíadiego ya ha publicado un primer acercamiento global [Garcíadiego, 2002], sin embargo, en este libro se detiene en asuntos centrales de una vida que, fracturada en febrero de 1913, optó por la distancia impuesta primero por el exilio y después por una prolongada experiencia diplomática. Respecto a Gómez Morín, nos ofrece adelantos de la historia de quien valora como “uno de los pocos constructores auténticos del México moderno” (p. 318).

Pero en este esfuerzo biográfico, Garcíadiego se interna en una zona escasamente visitada por los historiadores: la comparación como método para descifrar al hombre en su tiempo. Comparar es buscar para explicar las similitudes y las diferencias. Los estudios biográficos ganan en densidad cuando se contraponen a equivalentes generacionales, sólo así adquieren real dimensión los rasgos singulares, esenciales, respecto a aquellos que son comunes en los comportamientos de determinadas figuras en específicas circunstancias históricas. Un buen número de los ensayos que contiene este libro se articulan a partir de un inteligente contrapunteo: Justo Sierra y José Vasconcelos como líderes culturales, responsables de la refundación/reinauguración de la Universidad Nacional; José Vasconcelos y Manuel Gómez Morín a lo largo de sus apuestas políticas en las décadas de los veinte y treinta; Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas en el proyecto académico de El Colegio de México; Alfonso Reyes y su hermano Rodolfo, ejercicio de notable sutileza mediante el cual se exhibe, casi arqueológicamente, las etapas en la construcción de una personalidad como la de Alfonso confrontado a ese *otro* tan fraternalmente opuesto. “Viéndolo supo lo que no quería ser” (p. 287) sentencia Garcíadiego respecto a la relación de Alfonso con su hermano.

El recurso de contrapuntear, de cotejar opuestos, sirve tanto al estudio de figuras y personalidades como al entendimiento de procesos y coyunturas. Garcíadiego nos ha enseñado a entender la Revolución a partir de sus contrarios.

Es un precursor en la historia de los contrarrevolucionarios, con toda justeza ha insistido en llamar la atención sobre la inviabilidad de comprender a unos, los revolucionarios, sin conocer la suerte de los otros, porfiristas, reyistas, felicistas, los derrotados, los exiliados. Pero en el terreno de las letras a diferencia del de las espadas, ¿cómo se manifestaron las disidencias? ¿Qué tan irremediables fueron las oposiciones? ¿Cómo se entrecruzó el magisterio universitario con las fidelidades de los discípulos? ¿Qué tan simétricas fueron las actitudes intelectuales y las preferencias políticas? Respuestas a estas interrogantes pueden hallarse en las referencias y acercamientos a otras figuras como Alfonso Pruneda, Ezequiel Chavez, Antonio Caso, Luis Cabrera, Miguel Macedo, Alberto J. Pani, Jorge Vera Estañol, Emilio Rabasa, José Natividad Macías, entre las decenas de académicos e intelectuales que transitan por las páginas de este libro.

El curso de la posrevolución fue definiendo posiciones entre aquellos que se sumaron a las tareas de reconstrucción nacional. La distancia entre universidad y gobierno lejos estuvo de ser una arcadia, por el contrario el desgajamiento de simpatías orilló a una primera crisis antes de que concluyeran los años veinte. El descontento vasconcelista, interceptado por una movilización estudiantil condujo, sin proponérselo, a la promulgación del primer estatuto autonómico de la universidad. Garcíadiego calibra los hechos y valora este proceso desde una perspectiva muy alejada de la “broncínea y romántica historiografía” de la UNAM, (p. 141). La conquista de la autonomía no fue resultado de una concesión graciosa del gobierno, pero tampoco producto de un glorioso triunfo estudiantil. Lo sucedido en 1929 no se agota en la crónica de una coyuntura, sino que se explica a partir de la articulación de aquellos sucesos en el horizonte de las tensiones entre el nuevo modelo estatal y las transformaciones de una universidad reabierta por la Revolución. La profunda crisis política de aquel año fue el catalizador de la autonomía, pero esa crisis no alcanza para explicar la atribulada relación entre el Estado y la universidad. El conflicto en realidad estuvo lejos de resolverse, a pesar de los esfuerzos conciliadores del rectorado de Manuel Gómez Morín. Pocos años más tarde la crisis volvió a estallar, esta vez a raíz del socialismo educativo durante el sexenio cardenista. La universidad enfrentada al radicalismo revolucionario, estigmatizada como coto de “clases parasitarias” (p. 153) fue escenario de un nuevo desmoronamiento de afinidades; fue entonces que el espíritu de la generación del 29 se encontró con la crítica, esencialmente moral, que encabezó Gómez Morín desde finales de los treinta. Sin embargo, la oposición de clases medias aparecerá atrapada en la naturaleza de sus liderazgos, “Vasconcelos, dice Garcíadiego, no convence pero subyuga, mientras que Gómez Morín ilumina pero no seduce” (p. 392).

Benedetto Croce escribió que aquello que constituye al historiador es “el acto de comprender y entender, inducido por los requerimientos de la vida

práctica” [1960:9]. Y la vida práctica, es decir los problemas y los desafíos que preocupan a Garcíadiego se revelan en esta treintena de ensayos: el ejercicio de la crítica como práctica fundante del conocimiento, pero también como acción permanente en la construcción de espacios democráticos; y junto a ello, la propia historia de la historia del México moderno, sus historiadores, las instituciones. Historia, polémica, crítica y política se entrecruzan en los dos últimos capítulos cuando pasa revista a las obras y a las vidas de Jesús Silva Herzog, Isidro Fabela, Salvador Azuela, Gastón García Cantú, Jesús Reyes Heróles y Daniel Cosío Villegas. Sobre este último, el autor no esconde sus simpatías, sobre todo por ese “estilo personal de criticar” (p. 603) que permitió, entre otras cuestiones, renovar formas y contenidos del quehacer historiográfico en México. Para un historiador de la Revolución Mexicana, la reflexión sobre Cosío Villegas resulta imprescindible, se trata de quien cambió la manera de aproximarse al Porfiriato, para entender mejor *la crisis de México*, ensayo liminar de un intelectual que, inducido por los requerimientos de la vida práctica optó por convertirse en historiador.

En síntesis, el libro de Garcíadiego explora respuestas a esa obsesión de los intelectuales mexicanos por el poder. Indaga sus acciones dentro de los equipos gubernamentales en la Revolución y en la posrevolución, subraya los conflictos con el poder, advierte los desafíos del poeta al querer reemplazar al príncipe, las aventuras de los príncipes necesitados de poetas, pero sobre todo, da cuenta del quehacer de aquellos intelectuales que, a decir de Octavio Paz, descubrieron que su verdadera misión política era el ejercicio de la crítica.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Borges, Jorge Luis

1996 “El libro”, en *Obras Completas*, vol. IV, Buenos Aires, Emecé.

Croce, Benedetto

1960 *La historia como hazaña de la libertad*, México, FCE.

Garcíadiego, Javier

2002 *Alfonso Reyes*, México, Planeta.

Krauze, Enrique

1991 *Daniel Cosío Villegas, una biografía intelectual*, México, FCE.

Paz, Octavio

1987 “Suma y sigue. Conversación con Julio Scherer”, en *México en la obra de Octavio Paz. El peregrino en su patria*, vol. 1, México, FCE.